

Jesús, hijo de Sirach

La voz israelita que más claramente pudo oírse en aquel tiempo fue la de Jesús, hijo de Sirach, que el año 180 escribió un libro imitando los antiguos que se atribuían a Salomón. Fuera de algunos defectos, este libro honra al siglo y a la raza que lo produjo. Es el código de una burguesía honrada, con alto sentido práctico de la vida y no extraviado por quimeras sobrenaturales. La sabiduría consiste en temer a Dios y seguir su ley. El que no teme a Dios es un loco, porque la justicia de Dios se revela todos los días con derechos patentes que no pueden dejar duda alguna a un espíritu atento.

El autor tendría que haber desarrollado pruebas y comunicar sus evidencias, pero desgraciadamente no lo hizo. Asegura que el falta de cordura es castigado siempre, que Dios es bueno para los virtuosos y severo para los malos, pero no exhibe ninguna prueba de ello. El hijo de Sirach ha creído notar que las riquezas mal adquiridas no aprovechan, pero de-

clara también que a veces el malo logra sus deseos, puesto que suplica al bueno que no envidie su engañosa prosperidad. Realmente, la teoría de las recompensas y las penas, como la presenta el hijo de Sirach, no ha dado un paso desde los tiempos más antiguos de la reflexión en Israel.

La sabiduría promete que iluminará a los muertos que debajo de la tierra esperan al Señor, pero ese pasaje no fue escrito por el hijo de Sirach: fue interpuesto después de la crisis macabea, que transformará todos los conceptos de Israel sobre el fin último del hombre y de la inmortalidad.

Nunca nadie tuvo bastante con tan poca dosis de religión como aquel laico piadoso, dos siglos antes de Jesús. Ni el Eclesiastés está más libre que él de creencias sobrenaturales. Los sacrificios y las prácticas piadosas tienen poco valor: la honradez lo es todo.

La ciencia y la filosofía, de modo que Grecia las cultivaba con tanto esplendor, son ajenas a Jesús, hijo de Sirach. La ciencia del *sofer* hebreo, versado únicamente en las viejas escrituras, le parecía bastante para todo. Sus ideas sobre la física no han progresado desde el libro de Job. La curiosidad sobre tales asuntos es inútil y peligrosa. La medicina es la mejor de las ciencias, pero la oración valía más. Cuanto sucede en el Universo es obra directa de Dios, que sólo actúa para hacer bien a los buenos y daño a los malos. La filosofía de la vida que profesa el autor no difiere mucho de la del Eclesiastés. Todo es vano y frágil, vano y pasajero, excepto Dios. Una idea notable de este autor es que una hora de sufrimiento o de goce en el momento de la muerte, puede equivaler a toda una vida y restablecer el equilibrio en la balanza de la justicia divina. No tardará en ser inadmisibles esta hora reparadora entre la prueba y la muerte. No se podía sostener que el mártir, judío heroico que sufría los suplicios más crueles por no faltar a la ley, obtenía en la tierra su recompensa. La hora reparadora habrá de trasladarse más allá de la muerte, y el dogma de los castigos y recompensas de ultratumba, rechazado siempre por los sabios antiguos, penetra victoriosamente en el espíritu de los habitantes de Israel.

La victoria de Jesús, hijo de Sirach, es la victoria de la moral burguesa al modo de Franklin y por eso ha hecho más efecto en el mundo ese libro mediano que otros que le son muy superiores. Este autor es austerísimo: no sólo defiende una monogamia estricta (aunque la *Thora* permita varias mujeres), sino que cualquier ligereza cometida por el hombre le parece condenable. La familia se basa en el respeto al padre, y el hijo ingrato es una monstruosidad. La madre respetada también, o tratada con miramientos, ocupa en la familia una posición subordinada; a la hija se la guarda estrechamente. En general, el hijo de Sirach confía poco en la virtud femenina, y admitiendo excepciones, cree a las mujeres insostenibles, pendencieras, golosas, chillonas y charlatanas. La mujer es la que perturba la vida del hombre. El hijo de Sirach deduce de los primeros relatos del Génesis que la muerte entró en el mundo con la mujer.

En su casa el padre debe estar en cualquier momento serio, sin sonreír ni mirar a sus hijos. Deben imponerse al niño castigos diarios. El deseo de jugar, la travesura de los niños son cosas malas y hay que azotarlo con frecuencia.

La separación entre hombres y mujeres había de ser total en semejante medio. El sabio perfecto, según este autor, sería una especie de musulmán de aspecto grave, muy cuidadoso de su propia respetabilidad, aseado en su persona, quisquilloso en lo concerniente a su reputación, de opiniones moderadas y medias, meticoloso en la elección de sus relaciones. Evita la compañía de la gente elegante, de los ricos soberbios. Resistir a los poderosos es tan inútil como intentar oponerse a la corriente de un río. El hombre prudente debe evitar el trato con ellos.

A este aristócrata burgués no le gusta ver a los pobres, pero considera buen principio fundamental de la religión ser benéfico para ellos. La limosna es un deber. Los males de la humanidad resultarán atenuados por las buenas obras del hombre piadoso, constante en visitar a los enfermos, caritativo con el débil, bueno para la servidumbre, dado a perdonar las injurias.

Lógicamente, al hijo de Sirach no se le ocurre dudar de la legitimidad de la esclavitud. En lo que se refiere al modo de tratar a los esclavos, ya es suave, ya durísimo y más cruel todavía que el autor de los *Proverbios*.

A pesar de que no habla particularmente de la sinagoga en su libro, existían ya las costumbres sinagogales. Las reprimendas, las denuncias falsas, los chismorreos florecían como en cualquier convento. Exceptuando esto, el estado religioso de Sirach era el más perfecto que se hubiera visto hasta entonces. Nada de sacrificios ni agüeros. No cree en los sueños: su culto es el de un hombre ilustrado que todo lo subordina a la justicia y la honradez. Sólo por honra nacional recuerda todavía las grandes esperanzas de los profetas, invoca la realización de las promesas hechas a Israel, y habla del día en que los gentiles reconocerán la divinidad de Adonái. El hijo de Sirach es un judío moderno, útil a la sociedad en que vive y de la cual vive, resignado ante la vanidad universal, sin negarse a disfrutar la hora que pasa porque nada sabe del infinito en que se pierde. No digáis que todo se halla lejos del heroísmo, y que de ahí no saldrán entusiastas ni mártires. La conciencia judía tiene páginas innumerables, replegadas una sobre otra. El hijo de Sirach escribió diez o quince años antes de los Macabeos y doscientos años antes que Jesús.

El texto del que hablamos tuvo muy buen éxito en Jerusalén, y se conservó mucho tiempo. Hacia el año 130, hallándose en Egipto el nieto del autor, fue testigo del movimiento que hizo trasladar al griego todas las obras hebraicas, y para completar la serie tradujo la obra de su abuelo. Pero evidentemente los conocimientos hebraicos del nieto eran muy escasos. Su traducción griega está llena de errores. Otro texto griego, enriquecido con glosas, ha llegado hasta nosotros por medio del latín de la Vulgata. Finalmente, la versión siriaca se hizo también por el texto hebreo y en muchas cosas no presenta el original mejor que la griega.

El *Talmud* cita con frecuencia sentencias de un tal Ben Sira, muchas de las cuales coinciden con las de Jesús de Sirach. Pronto empezaron las obras apócrifas, y hubo en hebreo recopilaciones gnómicas que no tienen nada de común con la que la Iglesia leía piadosamente con el

nombre del *Eclesiastés*. El libro de Jesús de Sirach fue el manual de la pedagogía cristiana, la guía práctica del cristiano prudente. El número de latigazos que ha hecho dar ese Jesús de Sirach por su manual de pedagogía es incalculable. El libro fue para los niños un auténtico verdugo.